

INGLATERRA LA INDOMABLE

Hernando Gaitán Linares

La frase de Belingbroke "Debemos recordar siempre que somos vecinos, pero no parte del continente", podría aplicarse tanto a Inglaterra como al Japón en su política de muchos años. Sin embargo, los tiempos siempre cambian, y la primera ya es parte del continente irrevocablemente unida por un largo túnel construido bajo las aguas en el famoso canal de la Mancha. Y la política, no obstante la mucha semejanza que pueda existir entre dos países de condiciones insulares, siempre varía en lo esencial acorde con su idiosincrasia y características propias.

Con todo, bien vale observar que en el plano económico las diferencias



de una a otra nación sólo varían en lo concerniente a la aplicación impuesta dentro de las condiciones de ubicación y tiempo. Tal ocurrió con el imperialismo conquistador al que se vincularon en su época y en su momento histórico Persia, Fenicia, Grecia, Roma, El Islam, Portugal, España, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos de Norteamérica.

Pero esta modalidad económica, de ayer a hoy, ha venido evolucionando conforme a las leyes de la historia, hasta llegar a convertirse en una especie de proteccionismo económico-cultural, para no quebrantar, aun cuando sea en apariencia los derechos de los pueblos libres.

Esta fase del imperialismo fue consecuencia natural del desarrollo económico y sugiere, que las regiones con vitalidad extraordinaria y sometidas a condiciones particulares del medio, se salen de sus fronteras para dominar otros pueblos. La acepción del término imperio no conlleva meramente un hecho episódico, ni debe basarse siempre en la conquista territorial. Casi en la mayoría de los casos, los pueblos imperiales por medio de la fuerza, han llevado siempre a otros su cultura, su religión, su lengua y sus costumbres. Constituyen excepción de esta regla Roma y la China. La primera debió asimilar una cultura superior, la helénica, cuya zona territorial había conquistado por la fuerza de las armas. En el caso de la China milenaria, su cultura superior terminó siempre por absorber las de todos los pueblos conquistadores que la ocuparon por medio de invasiones.

Apreciadas así, aun cuando superficialmente algunas de las modalidades propias del sistema

capitalista en cuanto hace a su economía, trataremos de analizar los hechos más notables de la extraordinaria trayectoria del imperio británico. Pero cabe anotar que alcanzar en un ensayo limitado todos los objetivos que fuera de desear, en un tema de tanta trascendencia en la historia moderna de la humanidad, es en la realidad un imposible. A este propósito podemos acudir a la obra de Alberto Citon, "Great Britain, an Empire in Transition", cuando afirma "que es posible aludir, y no reseñar, en el espacio de unas pocas páginas, la grandeza y poderío del grupo de pequeñas islas en el mar del Norte, que sí bien territorialmente solo alcanzan a un tercio de la superficie del Estado de Texas (USA), lograron extender sus tentáculos a todas partes del mundo. Este tema, tan debatido, ha sido, según el concepto autorizado de varios historiadores, determinado por dos causas principales: "la condición insular de Inglaterra y el idioma inglés". En lo que concierne a la primera, es evidente que este fenómeno ha podido apreciarse en otros continentes y en otros pueblos. Tal es el caso del Japón, cuya conformación geográfica hace pensar que sus dos tentáculos se abren amenazadoramente sobre el continente asiático. Para algunos comentaristas, como ya tuvimos ocasión de observarlo en anteriores ensayos, comenzó a

cobrar vida desde cuando se inició la modernización del Japón. Y por lo que hace al idioma inglés, común a las dos unidades más poderosas del mundo moderno, la comunidad de naciones británicas y los Estados Unidos de Norteamérica, es preciso admitir que fue el factor político más importante de nuestros tiempos. Y ello también se evidencia en el hecho de que un idioma común, a más de constituir una comodidad, es una influencia tan poderosa, tan sutil y tan penetrante en la mente y en el carácter, que su comunidad, como para apreciarse especialmente en los Estados Unidos de Norteamérica, supera las diferencias étnicas.

Los sucesos históricos han promovido la más extraordinaria difusión del idioma inglés. Hoy se extiende sobre todos los pueblos que constituyen el Commonwealth. Se emplea en casi todos los puertos de mar de Asia. Abarca la América del Norte desde el río Grande hasta el océano Artico; es por último, un segundo idioma para muchos europeos del continente y para los latinoamericanos. Su amplia difusión ya sea consecuencia de la guerra o del comercio, lo ha dotado de un vocabulario más extenso que el de cualquier otra lengua, viva o muerta, confiriéndole así la condición de ser el más compuesto de los idiomas. Y pensar, que en su origen, el inglés, tal como se

le conocía en su antigua forma, anglosajona, era tan solo un dialecto de la baja Alemania, una rama del gran tronco teutónico.

Aun cuando es tarea, por demás improbable, precisar el origen del pueblo inglés con la certeza que demanda un ensayo histórico, cabe valernos de aquellos comentaristas que en nuestro concepto se han aproximado más a este propósito, y quienes por eso merecen más confianza que otros historiadores, que pretenden dogmáticamente poseer el conocimiento exacto de este asunto. El historiador F.M. Stanton en su obra "The Danes in England", aprecia, que no cabe duda, de que en el norte de Danelow, más de la mitad de nombres personales nativos que sobrevivieron a la conquista normanda, es definitivamente escandinava. Luego vinieron los normandos, escandinavos en su origen, pero de cultura francesa. Para terminar esta apreciación sobre el origen de los ingleses, nos valemos de Defoe, que en su obra "True born Englishman", se acercó mucho a la verdad hasta ahora aceptada, aunque olvidó a los celtas: "Vuestros romanos-sajones, normandos ingleses... ¡Un inglés verdadero es una contradicción! en el lenguaje una ironía, en la realidad, una ficción... ¡una metáfora inventada para expresar un hombre afín a todo el universo!"

Con notoria frecuencia suele apreciarse, que gentes aún bien

informadas, al referirse a la Edad Media, testimonian que ésta fue una época sombría, de barbarie y de fanatismo en todos los órdenes. Este ciclo histórico por cierto muy mal asignado bajo este título y que dio margen para afirmar que la humanidad en cualquier época parece estar siempre en una especie de edad intermedia, entre el siglo precedente y el que le sucede, no fue en verdad de tal naturaleza. Todo es quizás cuestión de generaciones, apreció alguien más, porque toda generación está siempre influida por la precedente y por la que habrá de reemplazarla. Debemos pues concluir, que esta caprichosa división tradicional de los períodos históricos, conducirá necesariamente, a que en un próximo futuro, no se sabrá qué hacer con el término "foráneo" no "contemporáneo".

Durante mucho tiempo los estudiosos de la historia se representaron el año mil como un símbolo de horror, de tinieblas, de caos y de angustia. Las gentes lo vieron replegadas sobre su pavor, como fascinados, esperando el fin del mundo que anunciaban los cristianos. Fue entonces cuando algunos recordaron las meditaciones del Apocalipsis y lo comunicaron a grandes voces, aumentando así el espanto y el horror. Solo los dirigentes más

ilustres de la iglesia cristiana combatieron la idea y ayudaron con su ejemplo a superar el miedo y a continuar la marcha hacia lo desconocido, olvidando poco a poco los días de la mortal zozobra.

Al declinar el mundo romano, de oriente y occidente, Siglos V a VII, era entonces ostensible la superioridad económica y social asiática, que residía en la industria, el comercio, la densidad de población rural, la prosperidad de las ciudades. Fue entonces cuando las islas británicas entraron a jugar un papel que con el tiempo les conferiría tamaña importancia en el discurrir de los acontecimientos. Su vinculación con Francia que data de 1066 cuando Guillermo el Conquistador, descendiente de los vikingos pisó tierra inglesa y desbarató los ejércitos que le opuso Haroldo II en Hastings, entronizando a partir de entonces una nueva corte de prácticas y costumbres normandas, que sería institucional y obviamente cultural y política, pues las huestes invasoras no superaron la cifra de 5.000 guerreros. Según el historiador Stubbs en las instituciones normandas existía más autoridad que libertad, al paso que en las anglosajonas había más libertad que autoridad. El temperamento normando iniciaría bajo su mandato el principio de una "Thalassocracia" fijando primero sus metas en Gales y Escocia. El

nombre de la primera dio al rey Eduardo la oportunidad de dar a su hijo el título de príncipe de gales que se conservaría hasta la fecha, a partir de 1301. Este rey autoritario, vencidos los escoceses, ordenó arrancar la piedra sagrada de Scone, que según la tradición había formado parte del pilar por el que los ángeles subieron a Jacob, y la ordenó incrustar en un asiento que desde entonces sirve de trono para la coronación de los reyes de Inglaterra.

Por causa de las herencias feudales, de contragolpe los ingleses invadieron a Francia y se libró a partir de 1340 la famosa guerra de los "Cien Años", una contienda realmente imperialista, que si en un principio favoreció a los ingleses gracias a las victorias de Crecy y Poitiers, culminó con la victoria francesa. Esta enseñada lucha constituyó en esencia el triunfo de los plebeyos sobre los caballeros. Los férreos nobles franceses en brillantes cargas de caballería fueron cayendo frente a las filas de los arqueros galeses, que disparaban sosegadamente desde sus posiciones, contra hombres y caballos acorazados. Allí fue el fin de la caballería feudal y la entronización de un arma terrible contra los caballeros de armas, que disparada con fatídica precisión alcanzaba una distancia de ciento sesenta metros y clavaba en la silla el muslo del jinete vestido con cota

de malla. Aquí bien vale recordar que la historia de las guerras es la de una larga lucha entre el choque y el proyectil. Si el triunfo del feudalismo fue en principio la consagración de una tropa selecta de choque, su derrota sería la imposibilidad de enfrentarse a la artillería real y a dos clases de infantes: el arquero inglés y los picaderos y alabarderos suizos.

Ya para finalizar la contienda, la victoria efímera inicial de los ingleses, frágil y artificial, a la muerte del rey Carlos VII éstos ya sólo conservaban en Francia la plaza de Calais, que habrían de perder cuando las huestes francesas impulsadas por Richelieu los arrojaron de sus reductos, pese al apoyo de su escuadra ya bien organizada.

Mientras se luchaba en los campos de Francia, Inglaterra prosperaba y experimentaba grandes transformaciones en su estructura social y económica. El crecimiento de riqueza, por virtud de la guerra, de armeros, constructores de navíos y proveedores de víveres y la necesidad de dinero del rey, confirió grandes oportunidades a las ciudades y a los individuos para comprar a buen precio las libertades. Dos clases se elevaron rápidamente en la campaña inglesa: la de los arrendatarios, semipro-pietarios, libres en tierras arrendadas

a los señores y la de los obreros agrícolas, que se hicieron libres después de permanecer por un año y un día, acorde con la ley, en ciudades y villas protegidas por una "carta". Y también, algo fuera de lo común, eliminaría definitivamente la servidumbre. Un azote terrible, originario de oriente, cayó sobre Inglaterra y la despobló. Los contemporáneos, por sus síntomas y características la denominaron "Peste Negra" (Black death). Hubo pueblos donde los sobrevivientes no fueron suficientes para enterrar a los muertos y donde los moribundos cavaban ellos mismos sus fosas.

Las consecuencias de la despoblación obraron directamente sobre los campesinos, que se encontraron de pronto más ricos, pues los campos comunales se dividían entre menos partícipes. La escasez de mano de obra tuvo la virtud de infundir a los jornaleros una autoridad antes no conocida y se tornaron más exigentes y rebeldes. Sin este elemento tan necesario los terratenientes (señores) prefirieron arrendar sus tierras. Los nobles concedieron exención de arrendamientos por temor a que los arrendatarios los abandonaran. El juego natural del mecanismo económico hizo impracticable toda la legislación que expidió el parlamento para restringir el abandono de las viejas

prácticas y de la regulación de los salarios. La fabricación de paños se convirtió en la primera industria inglesa, mediante la protección del Estado, pese a los gremios y a la oposición de las corporaciones. Bajo la influencia de los grandes mercaderes los gremios se transformaron. Surgieron el acaparamiento, los escándalos financieros y el tráfico de influencias, que serán los legados del futuro, cuando el capitalismo alcance su pleno desarrollo. Hasta el rey cae bajo el dominio de los comerciantes. Ellos serán los que dictarán en adelante la política exterior de Inglaterra.

Con el descubrimiento de nuevas tierras, de nombres raros y extraños, los hombres de negocios comprendieron que el destino de Inglaterra estaba en los mares y que sólo la creación de una poderosa flota les permitiría alcanzar el auge de sus industrias y la llegada del más importante de todos los renglones que ha despertado siempre la avidez de las gentes: las especias, que harán cambiar el arte de la buena mesa y el refinamiento. Los nuevos potentados, los monopolios que habrían de prolongarse en el tiempo como factores esenciales del gran capitalismo, deberían imponer los precios de las anheladas especias. Ellas comenzaron a afluir de la distancia para deleite de los señores

burgueses: el pimentón negro de Malabar y Ceilán; el jengibre de la India o Arabia; la nuezmoscada de las Molucas; la canela de China y de Ceilán; el clavo y otras muchas, que obraban como excitantes y estimulantes para un mundo que consumía carnes conservadas en baños de sal y que no podía degustar aún las variedades de vinos y bebidas alcohólicas de nuestro tiempo. Las famosas especias, a más de obrar como condimentos, eran también insustituibles elementos de la farmacopea, que tanto requería la medicina galénica.

Así, las especias obraban no sólo como condimentos de las comidas, sino sobre los manjares y bebidas aromáticas: como tónico estimulante y astringente; como componente para cataplasmas y electuarias y para dolores de estómago y otras varias dolencias que aquejan a la humanidad. Con ellas llegaron también asociadas a los largos viajes, la cañafístula de Egipto o de la India; los escamenes de Siria; el vermífugo de Judea o de Persia; el alcanfor, antiespasmódico por excelencia y notable estimulante; la agalla de la China; el apio de La Tebaida; el tragacanto del Asia Menor; la atutua de la India; el azúcar de Siria, Egipto y la India, y muchas otras plantas de propiedades diversas. No deben olvidarse los tintes para

tejidos; el rojo escarlata o cochinilla de Armenia; la rubia de Arabia; el palo brasil de la India o de Ceilán; el azúcar índigo de Bagdad, Coromandel o Bengala y los amarillos. Y con ellos, el encanto de los perfumes: el almizcle del Tibet o de China; el azafrán de Levante o de las Indias; el ámbar gris de Omán; el nardo indiano; y por último, los tejidos, los vidrios, las armas de Siria, las perlas del golfo Pérsico, los diamantes de India y los rubíes de Ceilán.

Era tal la confianza de los ingleses en su propio destino, que no obstante haber perdido la guerra de los cien años, su evocación les parecía gloriosa. Desde entonces ya se sintieron invulnerables en sus islas y desdeñaron a las otras naciones. Froissart, que los estudió con detenimiento, refiere "que eran orgullosos y que no gustaban de brindar su amistad y alianza a otros países". Un enviado veneciano afirmó que su riqueza era mayor que la de ningún otro país de Europa. Hombres y mujeres iban vestidos con telas sólidas, con frecuencia bordadas de pieles. Hacia 1470 Fortescue al elogiar las leyes inglesas se preguntaba: "¿Cómo no han de ser buenas si son obra no de un solo hombre, ni aún de cien consejeros, sino de más de trescientos hombres escogidos? Enrique VIII, muy conocedor de sus conciudadanos hizo votar por la Cámara de los

Lores un estatuto de seis artículos, que fue llamado "Bill sangriento o látigo de seis colas", que afirmó que la substanciación, la inutilidad de la comunión bajo dos especies, la validez de los votos de castidad, la excelencia del celibato clerical, y que además aprobaba la confesión y las misas privadas. Pese a que este monarca realizó notables avances en diversos campos, reorganizó y fortaleció la flota, construyó arsenales, fundó una escuela de pilotos, anexó el país de Gales y pacificó Irlanda, es difícil abstraerse a un sentimiento de horror cuando se recuerda los patíbulos de la Torre de Londres y las hogueras de Smithfield.

Pero pese a sus éxitos no había logrado aún contrarrestar el poder de los austrias de España, uno de cuyos grandes monarcas reconoció abiertamente "que en sus estados no se ponía el sol". Sus dilatadas conquistas en todas las regiones conocidas y el fabuloso descubrimiento de las riquezas del nuevo mundo americano, fortalecieron aún más su poderío y llevó a la conciencia de los ingleses lo aventurado de desafiar a la temible España. Pero de otro lado, los comerciantes ingleses se resolvieron por fin a pasar por alto unos acuerdos que les impedían participar en el botín de las regiones más ricas del mundo. Para ellos era muy sutil la diferencia entre comercio

y piratería. A partir de un incidente ocurrido con Juan Hawkins se inició por parte de Inglaterra esa doble política en que la perfidia femenina alcanzó proporciones de tal magnitud, que muy pronto llegaría a ser designada como la pérfida Albión, epíteto que acompañaría a los ingleses hasta el Siglo XX. Públicamente María Tudor, la Jezabel del Norte, como la designaban los españoles, declaró solemnemente que Hawkins se había equivocado y que las colonias españolas debían ser respetadas. Pero privadamente, tomó al culpable a su propio servicio y el hizo tesorero de la flota. Luego le tocó el turno a Francisco Drake, otro notable marino al que reprendió severamente en público, pero a quien a renglón seguido le ordenó que se arrodillara, le dio el beso de ritual, y concluyó: "Alzaos, sin Francis".

Después de muchas escenas como éstas la piratería alcanzó proporciones patrióticas y sus notables jefes se convirtieron en héroes nacionales de Inglaterra. Todo hacía presagiar un choque inevitable entre estos dos intereses contrapuestos, agudizados al máximo por la intervención papal, el orgullo de los austrias y la tortuosa política británica. Para nadie era un secreto entonces que el poderío de los españoles se fincaba en una tradición histórica justamente alcanzada, pero que ya acusaba

nociones marinas muy atrasadas en el Siglo XVI, al par que la pericia inglesa, ejercitaba en barcos pequeños, le garantizaba una mayor velocidad y una gran maniobrabilidad, más un notable conocimiento de la zona marítima del mar del Norte, donde han reinado siempre las peores condiciones climatológicas. Los resultados de tan desigual enfrentamiento no pudieron ser más desafortunados para la "Armada Invencible" de don Felipe II, que mal conducida y enfrentada a un enemigo cuya rapidez desconcertaba a los pesados barcos españoles, fue desmantelada por las tormentas, hasta perecer sin pena ni gloria contra los arrecifes y las ignoradas costas británicas.

El valor y la pericia desplegados más tarde por los marinos ingleses, hizo de su flota la gran escuadra que más tarde mandada por Drake, Blake, Rodney Nelson, se haría dueña y señora de los mares del mundo. De sus primeros efectivos consistentes en treinta grandes naves y veinte pequeñas, nació el prestigio, la tradición gloriosa y el poder imperial, que en el mundo moderno estaría representado por superacorazados y submarinos de gran autonomía. En ella fincarían las islas británicas su seguridad y confianza. Ella ocuparía el puesto de un ejército, constituido apenas por una milicia popular de

mediana instrucción, que en la época a que nos referimos, bajo el reinado de los Tudor, contaba apenas con unos cuantos cientos de guardias palaciegos. El desafecto de los ingleses por los grandes ejércitos ha constituido siempre una tradición. En cambio, la armada representa la "institución decana" y Blake, Drake y Nelson están por sobre Malborough y Wellington. "Trafalgar ha sido para su poesía fuente de inspiración mucho más fecunda que Waterloo". Por lo demás, el aspecto insular, no implica la constitución de grandes ejércitos, sino la existencia de fuertes escuadras de guerra y defensas costeras.

Las aventuras náuticas de los ingleses, que han sido muchas, no fueron cosa distinta que el resultado de su temeridad, conocimiento y fe en el destino de una nación. Los diarios de bitácora escritos por sus grandes aventureros permitieron salir a la luz en memorables narraciones, a la prosa épica del pueblo inglés.

El dominio del mar permitió a los ingleses arrebatarse a Francia, España y Holanda gran parte de su imperio colonial. Navegantes sin descanso, los hombres de mar fieles a su tradición, incorporaron siempre nueva tierra, ya fuera mediante descubrimiento o por medio de las

armas, con causa justa o sin causa. Extendiendo sus tentáculos en busca de nuevas tierras, llegaron hasta las regiones más apartadas del globo. Posiciones estratégicas, hábilmente escogidas, se constituyeron en enclaves adecuados para el dominio de los mares, impuestos a los demás países mediante la sorpresa y la violencia. Las regiones bajo su mando han sido de una diversidad tal, que podría estimarse que cada una de ellas constituye un caso único y especial.

Bastaría un ligero esbozo de las posesiones inglesas de ultramar para poder abarcar el inmenso panorama imperial que ofrecía Inglaterra en el Siglo XIX. Sin el concurso de este mundo abigarrado y productor de materias primas y mano de obra, y a la vez consumidor de las manufacturas de la metrópoli, los británicos no hubieran podido controlar las ambiciones ilimitadas de Napoleón, ni quebrar con la ayuda de Rusia, Prusia y Austria, el poderío militar más asombroso, nunca antes conocido, después del imperio romano.

Pero con la llegada del Siglo XX, época de cambios fundamentales y de extraordinarias realizaciones humanas, el capitalismo o imperialismo económico llegó al punto de su máximo desarrollo, bajo el título de "Neocapitalismo". El sistema se acomodó así a las condiciones

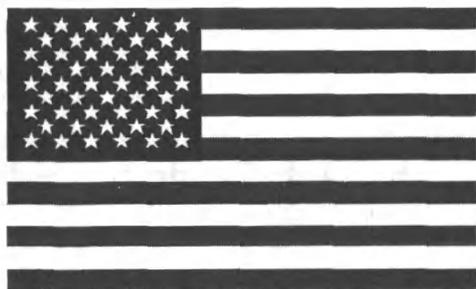
imperantes en una sociedad que ha logrado también la expresión más alta en el plano científico y en la noción del derecho. Uno de los factores esenciales, a no dudar el principal, para llegar a un avance tan rápido, que ha podido medirse por décadas, en contraste con los progresos alcanzados en milenios y centurias, que entonces parecieron inigualables, no ha sido otro que el conflicto a escala mundial que engendraron las dos últimas guerras. Estas, como ha sido tradicional en la historia de la sociedad humana, ha dado curso a un progreso de tal magnitud, que permite afirmar, que los conflictos bélicos han impulsado siempre al hombre a las realizaciones más extraordinarias, en todo el curso de su azarosa existencia. Para sustentar esta apología de la guerra, como factor de progreso, es fácilmente comprobable, que los inventos más extraordinarios, y los avances más descollantes en el campo cultural y en el rápido avance de las sociedades, se deben a esta calamidad, que tantos millones de víctimas ha cobrado, y por el contrario, también es evidente, que las grandes crisis sociales, determinadas por la densidad de población, el estancamiento intelectual y la pérdida de valores, se deben a los largos períodos de paz. No pretendemos, en ningún caso, aparecer como

adalides de la guerra o adeptos del Dios Júpiter.

En 1946, Inglaterra parece resignarse a lo inevitable. Comprende que los viejos tiempos han muerto o están llegando a sus últimos extremos. Idéntico estado de conciencia experimentaron las demás potencias coloniales. Con el ocaso de Inglaterra también llegó el de la vieja Europa. Se cumplió así inexorablemente la predicción formulada en 1890 por E. Lavisse: "Toda fuerza se agota; la facultad de dirigir la historia no es una propiedad perpetua".

E

stados Unidos de
Norteamérica



Los más jóvenes y los más fuertes.

Si por obra de sortilegio alguien pudiera retornar el ayer y recrearse en la contemplación del mundo estadounidense de mediados de 1700, hallarían en primer término que

en tan vasta extensión apenas moraban un millón doscientos cincuenta mil habitantes de raza blanca y doscientos treinta mil de gentes de color. Los indios que antes deambulaban como dueños absolutos, habían sido rechazados hacia las selvas, donde añoraban la inmensidad de las llanuras, las grandes manadas de bisontes y los ríos largos, casi interminables, donde abrevaban sus caballos. Ya sus rostros pintarrajeados, sus tocados de plumas, sus trenzas negras y sus fuertes lanzas y tomahawks, no inquietaban el sueño de las mujeres y los niños blancos.

La frontera, ese espíritu de amplitud, ese sentimiento de expansión que acompañaba a los pioneros, así como la soledad del ambiente, tendían a seleccionar determinados tipos de revoltosos, aventureros y descontentos. Todas estas condiciones ajustadas a las necesidades físicas, descartaban lo que trascendiera a lujo y refinamiento y traían como consecuencia una nivelación de los rangos sociales. No obstante, fueron muchas las oportunidades ensayadas para imponer una aristocracia en el nuevo país. Así pues, la democracia no fue deliberadamente introducida, sino que el medio y las condiciones intelectuales, así como las circunstancias que habían influido en los impulsos de liberación de la gran mayoría de los inmigrantes, obraron

solidariamente para consagrar desde la base de la pirámide hasta su cima, una concepción popular y una solidaridad futura para con los perseguidos y los necesitados de apoyo, que no obstante la imposición, algún tiempo después, de un imperialismo absorbente y rapaz, no lograría ni ha logrado aún, extirpar ese sentimiento de la conciencia y del corazón de los estadounidenses, hasta nuestros tiempos contemporáneos.

Como todo país en desarrollo, sus gentes no tuvieron siempre la oportunidad de disfrutar de prerrogativas de los países saturados de viejas culturas. Por ejemplo, en el caso de la música, que ya los europeos habían consagrado en su diversidad de estilos, no tuvieron la oportunidad ni el beneficio de disfrutarla como aquellos, sino algún tiempo después. Y por lo que hace al arte pictórico y a la escultura, seguían y seguirían por mucho tiempo, dependiendo de los europeos. Lo anterior no obra, para que ya en los años entre 1820 y 1900 pudieran observarse algunos progresos, que con todo no podían compararse con las agraciadas y sobrias casas y pequeñas iglesias de los Siglos XVII y XVIII. El mobiliario y la porcelana, los cristales y los trabajos en metal de la época colonial, son valuados en la actualidad en precios exorbitantes, como apreciación artística

de las cosas bellas, y no sólo por su antigüedad. En lugar de las casaquintas en piedra o ladrillo de la campiña inglesa, la verdadera innovación americana la constituían las casas de madera, cuya construcción propiciaban los bosques de la región.

En la época colonial, en los Estados Unidos de Norteamérica, así como en casi todas las regiones conquistadas por los europeos, existió en unas con mayor intensidad que en otras, la terrible institución de la esclavitud. Las gentes objeto de este tráfico, consideradas como bienes muebles, fueron víctimas de procedimientos tan inicuos, que la sola visión que nos deparan el cine, la televisión y la profusa literatura, nos produce una aterradora sensación de angustia y desolación. En los viajes de sir John Hawkings al Africa Negra, los ingleses iniciaron el comercio de esclavos para sus posesiones de ultramar. Ya con anterioridad, por razón de haber sido los primeros conquistadores, lo habían practicado intensamente españoles, holandeses y portugueses, reviviendo así las épocas de Grecia, Roma y los países asiáticos. Aquí cabe recordar que en casi todas las colonias españolas del continente sur, la esclavitud se practicaba entre los aborígenes, como consta en muchas de las memorias de los conquistadores. Y más hacia atrás, bien vale evocar

los tiempos bíblicos. Sin embargo debemos dejar constancia, que no sólo los africanos fueron víctimas del innoble tráfico. En la antigüedad los romanos esclavizaron a las gentes de los pueblos del norte, y los griegos llegaron a practicarla con sus propios ciudadanos, en virtud de las leyes que regulaban el sistema de préstamo. Hubo también una época en que los presos políticos y los penados debieron trabajar junto a los esclavos negros. Fue hacia 1619 cuando los holandeses vendieron a los virginianos el primer cargamento de esclavos con destino al continente. De ahí en adelante se desató la esclavitud como reacción en cadena, pero no en la totalidad de la región que cubre Estados Unidos. Fueron zonas propicias a lo que podríamos designar como de grande esclavitud, por sus extensas plantaciones de caña de azúcar, arroz y tabaco, las regiones de Virginia, Maryland, Massachussets, Georgia, Carolina del Sur y otras en menor escala. Resultaron ineficaces para contener el flagelo, los escrúpulos de los primeros puritanos y las humanitarias objeciones de algunas asociaciones humanísticas. El hecho económico terminó como siempre por imponerse, pues restringió a los estados del sur, en un tiempo relativamente breve, la esclavitud masiva. Desde el momento en que se protocolizó el acontecimiento, se inició la pugna entre el norte

y el sur, que habría de cobrar proporciones inesperadas e incalculables. Como consecuencia o resultante de la esclavitud, sería la aversión que provocó en el trabajador blanco, el vocablo y la idea de sirviente. El se reemplazó sin oposición alguna por los términos ingleses "help, hired, man y hired girls". En las colonias inglesas, como en las españolas, portuguesas y holandesas, se intentó en un principio, con fatales resultados, el empleo de los naturales como esclavos. Zonas enteras fueron diezgadas y sólo el clamor de los intelectuales, humanistas y sociedades religiosas, logró evitar su total destrucción. Su discontinuación, desató la persecución más cruel contra los pueblos africanos.

La Common Law inglesa era el estatuto por el cual se guiaba la vida privada estadounidense. Conforme con ella el marido era el amo absoluto de la comunidad. Administraba sin sujeción a ninguna norma los bienes de su esposa y tenía el derecho de denegar a ésta el dinero para sus gastos, fijando él mismo el presupuesto familiar. En algunas colonias le estaba permitido hasta pegarle para afianzar la autoridad del jefe de familia. Cuando Jefersson vivió en París, su asombro no tuvo límites cuando observó que algunas mujeres, sin acompañamiento alguno,

visitaban a los políticos que ejercían el poder. Cuán distinto a mi país comentaba en estos términos: "Parecería inconcebible en un país como el mío, en donde el bello sexo no pretende ejercer su influencia más allá del hogar doméstico. Más adelante agregaba: "La compañía de un marido, los cariñosos cuidados dispensados a los hijos, el cuidado de la casa, el embellecimiento del jardín, son suficientes para llenar de una sana y útil actividad todos los instantes de una mujer americana".

Aun cuando suena un tanto extraño, algunos comentaristas de historia apuntaban que el conocimiento más importante en la historia de Europa fue el Congreso de Filadelfia en el Siglo XVIII y el hecho más trascendente en la historia de Inglaterra, en el mismo siglo, fue la toma de la Bastilla. Y como algo semejante podemos agregar a tales apreciaciones, que la guerra de independencia de los Estados Unidos, transformó a Europa. En efecto, Jorge III y sus ministros soñaban, antes de la guerra, en establecer en Inglaterra la monarquía absoluta, socavar el parlamento y revocar las viejas libertades británicas. Este acontecimiento produjo el derrumbamiento de los Tories y llevó al poder a los Whigs, que habían sido adversarios de la guerra. Así

podieron mantenerse los principios de 1688. Para Francia la guerra de independencia americana, acabó por arruinar la hacienda de la monarquía y preparó la caída de la misma. El ejemplo del joven estado, su declaración de derechos y su vocabulario, brindaron a los hombres de la Revolución Francesa, la armadura de su doctrina. Por ello precisamente, los franceses buscaban en los últimos años del antiguo régimen, ideas y modelos de los Estados Unidos.

En un ensayo anterior, sobre Inglaterra, nos atrevimos a afirmar, que la guerra ha sido siempre vehículo de progreso en el desarrollo de la historia y en el avance de las nuevas ideas. En el presente caso volvemos a formular la misma consideración. La guerra, que había barajado en los ejércitos americanos a hombres del norte y del sur, del este y del oeste, brindándoles la oportunidad de conocerse en los triunfos y en las vicisitudes, produjo numerosos matrimonios entre gentes de distintas regiones, que sin ella no se hubiera conocido jamás. Había hecho entender al puritano de Boston, que el virginiano, fiel a la iglesia de Inglaterra, no era forzosamente un diablo con semblante humano.

Aquí vale volver a comparar la similitud de ciertos hechos, entre la guerra de las colonias americanas

contra Inglaterra y la de los países hispanoamericanos contra España. Un caudal de opinión que en un principio fue de notables proporciones, tanto en el norte como en el sur de América, se mantuvo por largo tiempo fiel a la monarquía, mientras el resto de opinión fluctuaba entre anhelos de libertad e independencia política. Entre leales y patriotas existían diferencias por causas muy diversas, ya fueran económicas o religiosas, pero no de valores morales. Pero lo que sí es notorio es el caso hispanoamericano, es que los llamados criollos sentían la urgencia de la salida de los españoles para heredar su hacienda y sus apellidos, que se prolongarían hasta nuestros días con el carácter de terratenientes. En la América del Norte mientras se desarrollaba el conflicto, plantadores del sur y muchos negociantes del norte, asociándose a la revolución, salvaron a la vez sus capitales y su prestigio.

Los estados del norte, fieles a su tradición democrática, no veían con buenos ojos la prolongación del sistema esclavista en los estados del sur. Además, los negros que no votaban, (al igual que los hombres sin renta en Hispanoamérica), le permitían obtener a sus amos, como concesión del congreso, veinte puestos suplementarios en representación de los negros sin derechos civiles.

En los Estados Unidos la divergencia entre estados libres y estados de esclavitud, no auguraba nada bueno en un futuro próximo. En el horizonte se cernía la amenaza de una contienda civil.

Los estadounidenses, auspiciados por lo que habría de llamarse el "destino manifiesto", base y sustentación de su futuro imperialismo, iniciaron su política expansionista a costa de sus débiles vecinos. Méjico, en donde prevalecían el caos y la revuelta interna, fue la primera víctima, perdiendo las regiones de Nuevo Méjico y California, mediante una indemnización de 15 millones de dólares. Más tarde España, que apenas comenzaba a salir de sus barcos de madera, mediante una provocación, hábilmente planeada, fue vencida en lucha desigual y debió entregar Cuba al vencedor. Más tarde las Filipinas y otras islas pasarían a engrosar el territorio estadounidense. Pero lo que sí no pudieron evitar los industriales y comerciantes del norte fue el choque con los señores feudales del sur. La guerra se desencadenó con una furia e intensidad jamás alcanzada en otros conflictos. Los métodos empleados por ambos adversarios constituyeron una auténtica transformación en el arte de la guerra. Por primera vez los ferrocarriles jugaron papel activo en el transporte de tropas y elementos, en la velocidad

de los movimientos operativos y en el desarrollo de las operaciones. Se introdujo también el empleo de armas nuevas y perfeccionadas que alteraron totalmente los métodos de guerra seguidos hasta entonces. Este sería el pimer ensayo para la preparación de las futuras guerras que habrían de asolar a Europa. Este encarnizado conflicto puso de presente la ventaja que llevan siempre las regiones industrializadas, frente a las de tipo exclusivamente agrícola y pecuario, y tuvo la virtud de poner punto final al sistema feudal en la historia de los Estados Unidos.

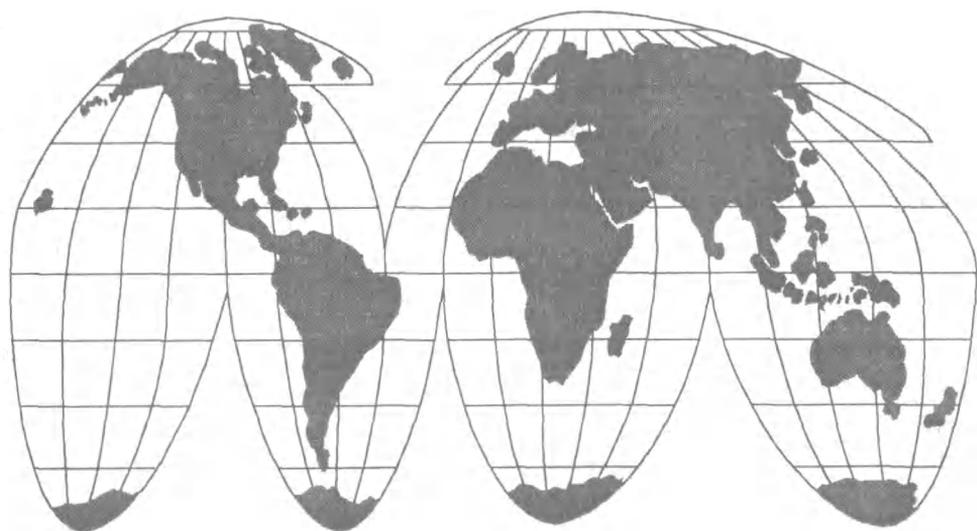
Pero lo que es inocultable es que la expansión territorial a expensas de otros países, permitió apreciar que los abanderados de las conquistas no eran tan solo unos imperialistas, sino que las masas populares auspiciaban plenamente la idea. Todo este fermento de material tan explosivo, nos presenta, sin embargo, la más tremenda paradoja en el espíritu de los estadounidenses. Su imperialismo corría parejo entonces, como hoy en día y también en el futuro, con el corazón generoso de los norteamericanos. Hoy como ayer, la figura de don Quijote les ha impresionado y aspiraron y aspiran a desempeñar su papel en el plano internacional.

A hombros como a Lincoln, Washington, Jefferson, Adams y muchos

otros, los han reemplazado en la actualidad los capitanes de la industria, que fallecen casi todos de muerte neutral, mientras que sus grandes políticos han sentido gravitar sobre su vida el puño amenazante del atentado personal, que ha cobrado muchas vidas ilustres.

Pero por sobre estas consideraciones, brilla con luz propia la tremenda realización de un mundo impresionante. La obra cumplida se acerca al milagro, como suelen hoy ponderar la grandeza. Un continente entero quedó cubierto, en menos de medio siglo de ferrocarriles, y poblado, desbrozado y explotado. Los idealismos del pasado no poseen poder alguno sobre su alma. Van a la iglesia, pero ya no son religiosos. Hablan de libertad en los días de elecciones, más solo tratan de la constitución para burlarla, y de política, sólo para proteger sus negocios. Acusan un gusto adquirido por trasplante, cualquiera que sea su precio. Son grandes individuos, monstruosamente egoístas, pero maravillosamente eficaces.

Los Estados Unidos al elevarse como la primera potencia del mundo, debieron convertirse en una especie de guardián de los demás países. Su intervención en las dos guerras mundiales fue factor decisivo para inclinar la balanza a favor de occidente. Se convirtió, cuando se apagaron



los últimos disparos de los dos catastróficos conflictos, en el dispensador de un apoyo sin límites para los quebrantados europeos, y propició su reconstrucción con una generosidad que no presenta antecedentes históricos semejantes. En muchas ocasiones se le ha testimoniado ingratitude y recelo y sus deudores se han olvidado de los compromisos y obligaciones suscritos en horas de amargura y desconcierto. También ha sido tradicional aquella cantinela de "gringos go home".

En el último conflicto mundial, al enfrentarse al Japón en la denominada Guerra del Pacífico, debieron sortear una de las más difíciles circunstancias de su vida. Pero su capacidad de reconstrucción,

su indomable voluntad de triunfar y el poder inconmensurable de su industria, le garantizaron al final una victoria aplastante sobre su adversario asiático. Sobraría relacionar en este ensayo lo que representó el desempeño de su flota de guerra y de su inexorable logística puesta al servicio de una causa que ellos consideraron justa en la batalla por el Pacífico. Sus barcos de guerra, de todos los servicios y tamaños, dieron muestra de una eficiencia nunca antes alcanzada. Sus mandos de aire, mar y tierra comprobaron su invencibilidad. Uno de sus más connotados militares, el General Douglas Mac Arthur, demostró ante el mundo que sus dotes de conductor de ejércitos corrían parejas con su capacidad de comprender al Japón, transformar su civilización, occi-

dentalizándola, reconvertir las costumbres íntimas de aquel gran pueblo y apreciar y admirar aquellas virtudes extraordinarias que han hecho de los nipones modelo de orden, disciplina, dignidad, capacidad impresionante de asimilar y aplicar principios, que sin alterar los fundamentos esenciales de su fe en su propio destino, en su raza excepcional y en su tradición milenaria, les equiparara con su poderoso vencedor.

Ya para cerrar este ensayo, debemos, en beneficio de la verdad, consignar sin retos de conciencia, que así como los Estados Unidos han prodigado beneficios sin contraprestación, en algunos casos, ellos hoy en día, han invadido al mundo con un tipo, tal vez de cultura que va agotando sin piedad los grandes valores espirituales que han forjado las más altas civilizaciones de la humanidad. Ellos, en primer término han sido víctimas de una sociedad forjada en el poder invencible del dinero, en el imperio de trust y el monopolio, en la deshumanización y en el férreo dominio de los oligopolios internacionales, sin patria y sin conciencia.

BIBLIOGRAFIA

- COUZET, Maurice. Historia General de las Civilizaciones. Barcelona. Ediciones Destino.
- CHURCHILL, Winston. Memorias. Madrid. Imprenta Ibérica.
- MAOUROIS, André. Historia de los Estados Unidos. Barcelona. Editor José Janés.
- MOWAT, R. B. Historia de los pueblos de habla inglesa.
- GRAN BRETAÑA. Documentos de consulta. Servicios británicos de información.
- HERMAN, Paul. Las aventuras de los primeros descubrimientos. Barcelona, Editorial Labor, S. A., 1958.
- MAJO FRAMIS, Ricardo. Navegantes y conquistadores. Madrid, M. A. Aguilar Editor. 1946.
- SEBILLOT, Renet. Historia de las colonizaciones. Barcelona. Aymá S.A. Editores.
- TREUE, Wilhelm. La conquista de la tierra. Barcelona. Editorial Labor, S.A., Madrid.
- MENENDEZ PIDAL, Marcelino. La idea imperial de Carlos V. Madrid. España. Calpe S. A. 1946.
- PUBLICACIONES ESPAÑOLAS. La España de los españoles. Madrid. 1963.